

LA IGLESIA EN LA EDUCACIÓN

presencia y compromiso



Consuelo Flecha García

Catedrática emérita de Historia de la Educación - Universidad de Sevilla

LA IGLESIA EN LA EDUCACIÓN. PRESENCIA Y COMPROMISO. UNA MIRADA A SU HISTORIA

Hace 100 años, en 1924, el 21 de abril, se inauguraba en el Teatro Real de esta ciudad, Madrid, el Primer Congreso Nacional de Educación Católica. Antes, se habían celebrado otros seis Congresos de Educación Católica en distintas ciudades, entre los años 1889 y 1902, pero debieron existir motivos que llevaron a numerar como Primero el de 1924. La idea de organizarlo había nacido en la Junta Central de Acción Católica y el propósito era, según se dijo: “para establecer relaciones más estrechas entre todos los elementos que se consagran en España a la noble empresa de la educación católica”; relaciones entre “la falange numerosísima de maestros y profesores”.

En la inauguración del mismo, el público asistente escuchó al Cardenal Enrique Reig, lo siguiente: “La Iglesia no es enemiga de la libertad”; un principio que sintió la necesidad de afirmar. En esta sesión habló también el abogado y pedagogo onubense Manuel Siurot. El libro de Actas del Congreso y el Catálogo de la Exposición Pedagógica organizada aneja al Congreso, contienen una abundante documentación que nos permite conocer todo lo que allí se aportó y trabajó.

Cien años después, estamos de nuevo en un Congreso sobre la Iglesia en la Educación, en el que la participación y el intercambio han estado en el centro de la metodología propuesta. Enhorabuena por esta organización.

Lo celebramos en una sociedad muy distinta, cualquiera que sea la variable de análisis que elijamos. En la educativa, vivimos en una sociedad academizada, de escolarización obligatoria durante un número creciente de años, aquí y en otros países; realidad ante la que es pertinente hacer memoria del cuándo, para quiénes y por qué, de unos procesos educativos que nos han traído hasta el hoy de una Iglesia implicada en múltiples espacios educativos con diferentes formas la presencia. Entre otras:

- mediante profesorado católico en los distintos niveles de enseñanza y centros de titularidad estatal.
- mediante el compromiso institucional de centros católicos, donde, junto a las familias religiosas, hay laicos, profesoras y profesores. Son las presencias con mayor visibilidad.
- y mediante la asignatura de religión en las aulas, con el buen hacer de un profesorado capacitado.

Siempre las generaciones adultas se han hecho cargo colectivamente, de transmitir a las jóvenes, mujeres y hombres, las destrezas, conocimientos y valores que aseguraban la cohesión y continuidad de cada grupo humano. Con el paso de los siglos se fueron

Historia de la Educación

definiendo con más precisión los objetivos, se eligió a las personas encargadas de lograrlos y se les ofreció medios para formarse en los principios y valores señalados por quienes tenían autoridad en cada sociedad.

Educación enlazada con la enseñanza, un servicio imprescindible, dirigido primero a pocas personas, después a muchas y, por fin a todas, en un proceso de prolongada duración que la Iglesia acogió casi desde el comienzo de su existencia. Si habláramos en el lenguaje del Estado de bienestar, garantizando ese beneficio personal y social con una trayectoria de actividad que responde a la misión recibida. Labor con una significativa resonancia en el contexto donde se realizaba y se realiza.

Una mediación pedagógica con el conocimiento, que producía efectos culturales positivos, y un agente configurador perseverante en la tarea de instruir y educar. Con un protagonismo evidente hasta el arraigo del sistema de gobiernos liberales.

Los gobernantes, apenas participaron en este servicio, y solo con alguna decisión puntual, hasta finales del siglo XVIII cuando las monarquías europeas comenzaron a plantear el papel del Estado en el fomento y sostenimiento de la enseñanza.

El itinerario de la presencia eclesial tiene una historia larga, de la que voy a compartir ahora, a grandes trazos, algunos datos que ustedes conocen, de los que tienen conciencia lúcida, pero que considero importante recordar en una ocasión como esta, con voluntad de renovar el compromiso de la Iglesia en el campo educativo, de compartir experiencias vividas y proyectos de futuro, de diálogo abierto sobre los desafíos ante los que se encuentran todos los centros, no solo los de titularidad católica.

Los objetivos y culturas escolares, al servicio de una eficacia formadora y de una utilidad social, fueron cristalizando, pero de forma no idéntica ni en cada época ni en las distintas realidades de enseñanza, pues evolucionaban teniendo en cuenta los entornos políticos, socioeconómicos y culturales en que se actuaba, así como las modalidades institucionales.

En cuanto actividad reglamentada, las instituciones eclesiales fueron articulando una cultura escolar destinada, bien a la alfabetización, bien a capacitar en saberes y destrezas con finalidad profesional, acompañada de los valores propios, en diálogo y contraste con los de la sociedad. Pero la Iglesia ha educado, además, con otras manifestaciones culturales nacidas de experiencias espirituales y de interioridad, como la música, pintura, escultura; y con el estudio y la reflexión que difundían libros y bibliotecas.

Actividad educadora directa, no únicamente de finalidad catequética, en la España visigoda de la Alta Edad Media, donde la formación de clérigos, las escuelas monásticas, episcopales y parroquiales, fruto de decisiones conciliares, fueron impulsadas por San Isidoro de Sevilla. Una red incipiente que se va consolidando y a la que se unirán las escuelas catedralicias. Se dio especial importancia a la formación de quienes tenían que asumir la responsabilidad de ser agentes de una cultura y de una educación que procedía de la herencia del mundo grecorromano y del árabe, riqueza acogida, pero en una cosmovisión religiosa muy diferente, lo cual requería, antes de transmitirla, reflexión, discernimiento y un nuevo lenguaje de intercambio de saberes. Tarea que se preparaba, fundamentalmente, en los monasterios masculinos y también en los femeninos.

En las escuelas externas de los monasterios, alfabetización para la infancia masculina en contenidos muy básicos, que incluía iniciar en el modelo de vida cristiana. Con una particularidad importante; como solían estar situados, bien en zonas periféricas de las ciudades, bien en el mundo rural, sus escuelas externas atendían a una población, de otra forma sin posibilidad de acceso a recursos culturales.

De la Baja Edad Media se conocen monjes y monjas de extraordinaria cultura, cuyas obras se convirtieron en manuales de formación intelectual. Procedían, casi exclusivamente, de monasterios masculinos, pues en el caso de las monjas, quedaron en las estanterías de bibliotecas monacales y, muy tardíamente, hemos sabido de su existencia.

Como el interés cultural de los laicos fue creciendo, las escuelas catedralicias se abrieron a su asistencia. Este incremento de estudiantes terminó provocando el nacimiento de las universidades, con mayor autonomía, pero respaldadas por la autoridad de la Iglesia y de la monarquía. Paralelamente, las nuevas órdenes religiosas crearon instituciones educativas propias.

Los Monasterios femeninos, aceptaban educandas internas -no podían ser externas-, enseñadas por una monja-educadora. Y grupos no institucionalizados eclesialmente, como las beguinas, tenían entre sus actividades la enseñanza de niñas.

Cuando el humanismo renacentista y la reforma de Lutero estrenaron nuevas sendas, repercutió en la necesidad de plantear, otra vez, el diálogo con los nuevos valores y de ampliar los grupos a formar. El concilio de Trento ordenó que, en cada parroquia, existiera un clérigo que enseñara gramática a alumnos pobres para los que, solo alfabetizar, era insuficiente, y crear Seminarios. Llamó también a las órdenes religiosas para que abrieran escuela de niños en los conventos. Dedicación, con una permanencia en el paso del tiempo que no tuvieron las atendidas por clérigos o laicos, por la estabilidad en el programa de estudios, en el método y en los criterios de disciplina, según el carisma específico y las propuestas de cambio que cada orden religiosa aprobaba en sus órganos de representación.

Los sínodos posteriores continuaron ocupándose de las escuelas y de su funcionamiento.

Se produce una expansión de colegios, sobre todo de enseñanza secundaria y superior, en los siglos XVI y XVII, pasando a ser más pausada en el siglo de la Ilustración. Y se inician los colegios femeninos. Impartían enseñanza primaria gratuita, y con frecuencia en otros niveles, por las rentas de que disponían habitualmente los colegios. Y, cuando había más necesidad, ayudas al estudio procedentes de mecenazgos personales, instituciones eclesiales, dotes y becas.

Se atendió, igualmente, a la formación de quienes iban a ser dirigentes ocupando cargos en la sociedad, a la educación de príncipes, como titulaban los manuales.

La Ilustración dará la base de principios al liberalismo decimonónico. Cambios en la visión de la sociedad, la ciencia, la persona, requerían una presencia educadora de la Iglesia que los tuviera en cuenta. Este proceso no se libró de las crisis que produce convivir con grupos que los acogen y promueven, junto a otros que únicamente ve peligros en ellos.

Se trataba del paso del antiguo al nuevo régimen escenificado con éxito por los Estados liberales, los cuales, para el tránsito hacia una mentalidad que incluía los derechos de la ciudadanía, pensaron el medio privilegiado de la instrucción pública. Pública, no solo porque el Estado sería uno de sus promotores, sino, sobre todo, por dirigida y abierta a todos. Implicaba, para los colegios católicos, asumir los objetivos y condiciones marcados por los gobiernos. Aparecieron evidencias de distanciamiento, real y simbólico, por desconfianza y descalificaciones, vividas con inquietud por quienes habían tenido, hasta entonces, el protagonismo casi exclusivo en la enseñanza.

Una dinámica de relación entre Iglesia y Estado, rodeada de tensiones que emergían o se silenciaban al hilo de las políticas de intervención. Desde el segundo tercio del siglo XIX, se convirtió en un tema recurrente y no fácil de gestionar.

Entre las cuestiones que levantaron intensos debates: Escuela confesional o no confesional. Integrista-Progreso. Ciencia moderna-Religión. Ortodoxia-libertad de cátedra. Inspección del Estado-Inspección de la Iglesia. Libertad de enseñanza-Hegemonía estatal. Una secuencia de logros y de carencias en los intentos de conciliar tradición y modernidad, secularización e identidad nacional, en lo que se invirtió mucha energía y generó demasiados conflictos.

El incremento de colegios católicos en la segunda mitad del siglo XIX y primera década del XX, no pasó desapercibido. A las órdenes religiosas anteriores se sumaron en la tarea de enseñar otras de reciente creación; sobre todo institutos religiosos femeninos abriendo colegios para niñas de enseñanza primaria, de preparación de exámenes de Escuelas Normales y de bachillerato, y de formación profesional.

Pero también masculinos, con más colegios de segunda enseñanza, formación profesional y estudios superiores.

Se prestó especial atención al magisterio, cuerpo docente sobre el que recaían distintas influencias, con iniciativas en el mundo católico de apoyo a una formación mejor.

Muchos de los centros incorporaron metodologías renovadas, corrientes didácticas surgidas en el extranjero, pero que eran cercanas a muchas órdenes religiosas presentes en los países donde habían nacido, se aplicaban y difundían. Un conocimiento de primera mano que tuvo efectos positivos en los colegios y profesorado católico español.

Avanzando en el siglo XX, se han vivido etapas muy diferentes desde el punto de vista del contexto sociopolítico, con obligadas adaptaciones, dolorosas unas, satisfactorias otras. Pero en ningún momento faltó la presencia de la Iglesia en la educación. Ambivalencia en la Dictadura primorriverista, decisiones paralizadoras en la Segunda República, facilidad, no exenta de intereses, en la Dictadura de Franco; y en la democracia, con constante necesidad de dialogar, debatir, reclamar, ceder, consensuar.

En esta larga historia hemos de reconocer también, periodos de métodos y procedimientos asentados en la rutina, de programas ajenos a las nuevas ciencias, de posturas desacertadas, pero sin abandonar el horizonte deseado.

En unos momentos se encontraron soluciones a las dificultades, en otros, el paso del tiempo acostumbró a los cambios inevitables.

Termino ya con la certeza de que no nos falta el ánimo para continuar, aquí y en países donde faltan infraestructuras educativas y personal para cubrir las finalidades formativas básicas. Mucho ánimo para todo ello, sabiendo que “todos hemos de cooperar, que cada cual tiene su sitio, su deber y su responsabilidad”.